

El Uribi rarámuri y las deidades del agua en Mesoamérica: una mirada a la cosmovisión mesoamericana desde la Sierra Tarahumara

Etnohistoriador Eduardo R. Saucedo Sánchez de Tagle

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA - UNIDAD CHIHUAHUA

ersst@hotmail.com



© SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

Los rarámuri de las distintas comunidades serranas habitan una región del mundo que ubican y conocen a través de su propia experiencia sensorial, la Sierra Tarahumara, o más precisamente tan sólo un parte de ella. No obstante, la Sierra Tarahumara aparece también como una región rodeada de muchas otras regiones más lejanas o difíciles de conocer de primera mano, mismas que sólo pueden ser imaginadas o reconstruidas con base en las experiencias, los relatos y las evidencias de terceros.

Además, como algunos autores lo han hecho notar, existen también amplias regiones que se pueden percibir pero que resultan

inaccesibles de manera absoluta para cualquier sujeto, en este caso, para cualquier tarahumara, como podrían ser el cielo o el mundo subterráneo (cfr. Espinosa: 1996).

A la par del universo físico accesible o al menos perceptible por los hombres, y de todo lo que en él existe, los rarámuri conciben un universo dividido en tres distintas regiones y ocupado por diversas entidades invisibles y sobrenaturales, mismas que no requieren en última instancia tener una existencia material concreta para afirmar su importancia.

A esa imagen de un cosmos dinámico, habitado únicamente en una fracción por la cultura tarahumara, pero concebido por ella misma

mucho más allá de esa fracción, es a lo podemos llamar su cosmovisión (*ibid*: 52).

La cosmovisión rarámuri engloba a la totalidad de los sistemas culturales a través de los cuales esta sociedad pretende, en un momento determinado de su historia, aprehender y relacionarse con el universo. No sólo con lo que observan o han observado por generaciones como podría ser su propio cuerpo, el entorno ecológico o su entorno social inmediato, con los cuales interactúan cotidianamente y de los cuales tienen además diversos referentes materiales, sino también, con todas esas amplias regiones del cosmos que imaginan y pueblan de seres y entidades inma-

teriales y volátiles, tan importantes, sin embargo, como cualquiera, para dar sentido y situar su propia existencia en una parte precisa de ese universo.

Entre los distintos seres que habitan y entrelazan al mundo material con los espacios intangibles del universo rarámuri refiero a continuación, para los fines específicos de este trabajo, un caso concreto:

Según los tarahumaras existen diversos seres que pueden tomar temporalmente la forma de ciertas aves u otros animales, incluso a veces la forma de seres humanos...uno de estos seres es el que se conoce con el nombre de uribi. Se cuenta que el uribi usualmente se aparece a quienes caminan solos por largo tiempo, tomando a veces la forma de ave (que pueden ser muy distintos tipos de pájaros, siempre pequeños), o de una zorra, y a veces también la forma de un ser humano de sexo opuesto al del caminante. Es bien sabido por los rarámuri que los uribi son como 'seres humanos pequeños', que habitan en cuevas o en el interior de los cerros —en donde se dice que guardan a veces agua, a veces muchos alimentos o dinero y riquezas—, o bien, que pueden vivir en los bosques más profundos o en los agujajes; de hecho, se dice que tienen el poder de hacer llover sobre la Sierra. Usualmente, estos seres tratarán de engañar a quien encuentren a su paso, para enredarse con él, llevarlo a su casa y seducirlo, para robarle sus bienes, robarle el alma o enfermarlo, y con el tiempo, causarle la muerte....En ocasiones se dice también que pueden robarse a alguna mujer o a un hombre para hacerlos sus novios y llevarlos a vivir temporalmente a las cuevas de los cerros... (Saucedo, s/f: 19).

Ofrezco a continuación un esquema a partir del cual se comparan algunas de las ideas ligadas al uribi tarahumara, con el complejo de conceptos y creencias mesoame-

ricanas que giran en torno a los seres conocidos entre los pueblos de habla náhuatl como tlaloque.¹ Los datos etnográficos pertenecientes a comunidades indígenas de tradición mesoamericana que presento, provienen de publicaciones realizadas por reconocidos investigadores, principalmente, entre nahuas del altiplano cen-

tral, nahuas de Guerrero y nahuas de la Huasteca, así como también entre distintos pueblos mayas de México y de Centroamérica, entre otros. Sin embargo, debido principalmente a motivos de espacio, será imposible citar y discutir aquí puntualmente dichos datos, por lo que remito al interesado a la bibliografía final de este escrito.

<p>URIBI <i>También conocido entre distintas comunidades rarámuri con los nombres de: Uribe, Ru'ribi o Kawirúli.</i></p>	<p><u>TLALOQUE</u> <u>Entre los pueblos prehispánicos de Mesoamérica fueron los ayudantes del Dios de la lluvia. Aparecen profusamente entre muchos pueblos indígenas contemporáneos de tradición mesoamericana y se les nombra de muy diversas formas: "vientecillos", "angelitos", "tronadores", "corazón del cerro", "viejo del cerro", etcétera.</u></p>
<p>ALGUNAS DE SUS CARACTERÍSTICAS COMUNES MÁS NOTABLES</p>	
<p>1. Pequeños seres que habitan en cuevas o en el interior de los cerros donde guardan agua, alimentos, dinero u otras riquezas.</p>	
<p>2. Tienen el poder de controlar el viento y las lluvias, por lo que se relacionan estrechamente con el maíz y la agricultura.</p>	
<p>3. También habitan los agujajes o las tierras "salvajes" (fuera del dominio humano).</p>	
<p>4. Trabajan controlando las aguas, no sólo la lluvia, para propiciar el bienestar y la fertilidad de la tierra.</p>	
<p>5. Se relacionan con enfermedades asociadas con el viento.</p>	
<p>6. Pueden tomar la forma de una persona del sexo opuesto al de sus víctimas, a quienes tratarán de seducir y a la postre les causarán diversos daños, enfermedades e incluso la muerte. También pueden aparecerse en forma de distintos seres o animales.</p>	
<p>7. Se relacionan con la tierra y el agua, así como con distintos seres y animales que se consideran terrestres e inframundanos.</p>	
<p>8. Se asocian con seres que controlan el agua meteórica, como el arco iris, el cual se concibe como opuesto a la lluvia.</p>	

Cuadro 1. Esquema de algunas características comunes de los uribi tarahumara y los tlaloque mesoamericanos.

A continuación comento puntualmente cada uno de esos aspectos.

1. Se dice, en primer lugar, que los uribi son pequeños seres, parecidos a un niño, que habitan en cuevas ubicadas en el interior de los cerros, en las que guardan regularmente agua, maíz y otros alimentos, pero en las cuales también suelen depositar dinero u otro tipo de riquezas; según algunos, su morada es muy difícil de imaginar, pues parecería como una inmensa tienda, al interior de las montañas, la cual está llena de “todo tipo de cosas”. Estos seres se identifican directamente con los cerros –aunque no con cerros específicos– y con el agua, especialmente con el agua asociada a los cerros, es decir el agua de lluvia y la de los aguajes. A pesar de que a partir de ciertas menciones se puede inferir que el uribi tiene la posibilidad de desdoblarse en muchos seres, no existe, desde la perspectiva tarahumara, una idea clara al respecto. En este sentido debe tomarse en cuenta, al comparar éste y otros de los aspectos aquí aludidos, que la cosmovisión rarámuri es sin duda mucho menos elaborada que la de la generalidad de los pueblos mesoamericanos.

Los tloaque, por su parte, son pequeños seres que habitan en cuevas o en el interior de los cerros, donde almacenan el agua y el maíz –de hecho son los patronos de la energía vital del maíz–, así como el resto de los principales mantenimientos; además de diversos tipos de riquezas. Al igual que el resto de las deidades del agua mesoamericanas, los tloaque, se asocian directamente con cerros y montañas. Poseen, como una de sus principales características, poder ser, al mismo tiempo, uno sólo y una multitud de seres, identificados cada uno de ellos, en ocasiones, con montañas y cerros específicos.

2. Se cree que el uribi tienen el poder de hacer llover en la Sierra, atrayendo a las nubes, y que además posee la facilidad de relacionarse de diversas maneras con el viento, el cual es el encargado de traer las nubes de



Entrada del cabaret Savoy. © 86447. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

lluvia. En este sentido se le puede considerar en estrecha relación con el maíz y con la agricultura. Por otra parte, es importante señalar que este ser no está relacionado de manera aparente con el rayo, aunque sí lo está con otros seres como las nubes, la lluvia o el viento.

En el caso de los tloaque, se piensa que tienen el poder de controlar las lluvias y el viento, además de que entre muchos pueblos son concebidos como los patronos de la agricultura y los dueños originales de los alimentos. A diferencia del uribi, los tloaque están estrechamente relacionados con el rayo, de hecho, en algunos casos se les identifica directamente con el rayo, y en otros, se dice que éste es su voz o el arma que utilizan para cazar. En algunas comunidades aún se cree que los niños que mueren sin bautizar, o los hombres que mueren ahogados o tocados por el rayo, se convertirán en tloaques.

3. Una característica importante del uribi es que, al igual que muchos de los seres sobrenaturales que habitan el universo rarámuri, éstos pueden habitar también en los aguajes o en los bosques más profundos de la Sierra, es decir, en los lugares que se consideran como tierras “salvajes” o no cultivadas, y todos aquellos es-

pacios que se conciben, en términos generales, como lejanos al dominio humano. Es importante también señalar que los aguajes, en la visión tarahumara, son sitios particularmente peligrosos para los niños pequeños y las mujeres, especialmente para las mujeres embarazadas, pues son lugares asociados directamente con el inframundo y con el padre de los habitantes del mundo subterráneo, el Diablo (a veces aludido como hermano mayor y a veces como hermano menor de Dios), y con animales, seres y males asociados con el “mundo de abajo”, tales como serpientes acuáticas, distintos aliados del Diablo² y el robo del alma.

Entre distintas comunidades de tradición mesoamericana se dice que los tloaque viven en lugares donde hay mucha agua, particularmente en las fuentes y los ríos. En ocasiones, también pueden llegar a vivir en “el monte”, es decir, en las tierras apartadas de las comunidades que se consideran fuera del dominio humano. Los tloaque son concebidos a veces como los patronos o los dueños de los animales de caza, y se dice que ciertos animales, como las serpientes y las ranas –animales asociados con la tierra y el inframundo–, cuidan sus moradas, en las cuales también habitan los demás animales del monte.

4. Los uribi trabajan controlando el agua y especialmente la basura dentro del agua, para evitar que se anegue y perezca el mundo de los hombres. Este ser no sólo repele las aguas abundantes, sino que también limpia las basuras que se han ido acumulando sobre ellas para lograr el bienestar y la fertilidad de la tierra.

Por otra parte, es bien sabido que una de las principales funciones de los tloaque es la de trabajar controlando el agua, especialmente la lluvia. De igual forma, a través de las creencias mesoamericanas que ligan a los cerros, el agua y la tierra, estos seres se vinculan de muchas maneras con el culto a la tierra y a la ferti-

lidad, y por lo tanto, con algunas de las más importantes celebraciones del calendario ritual indígena.

5. Al asociárseles con las cavernas y los agujajes, los uribi quedan también estrechamente relacionados con ciertas enfermedades vinculadas con el viento, como las enfermedades llamadas *nawiri* (enfermedades del aire), y males como el robo del alma, que se cree los agujajes y las cuevas pueden llegar a causar. Ciertas cavernas y agujajes también pueden hacer que los hombres se transformen en mujeres o niños. Entre los rarámuri no existen ofrendas ni culto específico realizado a los uribi o a

las cuevas con el fin de evitar dichas enfermedades, aunque en el caso específico de los agujajes, sí se da que distintos individuos, a título personal, les ofrezcan ofrendas de comida y de tesgüino con el fin de que no los dañe ni a ellos ni a sus familias.

A los tloaque mesoamericanos actualmente se les rinde culto en lugares sagrados de los cerros, las cuevas y las fuentes de agua. Se dice que estos seres pueden llegar a causar ciertas enfermedades, algunas de ellas directamente relacionadas con el viento, pero también que pueden llegar a curarlas, por lo cual se les ofrecen ceremonias y distintos tipos de ofrendas de comida y bebida.

6. Los uribi pueden aparecer a quien camina solo por el monte, tomando la forma del sexo opuesto al del caminante, y tratando de engañar a quien se encuentran a su paso para llevarlo a su casa en los cerros, seducirlo, tener relaciones sexuales con él, robarle el alma, robar sus bienes y enfermarlo, y al paso del tiempo, causarle la muerte. Pueden también tomar temporalmente la forma de una serpiente, una zorra o distintos tipos de pájaros pequeños.

En Mesoamérica no sólo los tloques, sino en general las deidades del agua, especialmente las diosas prehispánicas del agua (por ejemplo Nappatecuhtli, Matlalcueye o Xaratanga y su hija Mauina, éstas últimas citadas en la Relación de Michoacán), aparecían frecuentemente a los hombres en forma seductora, para luego tomar la forma de serpientes o de "sirenas" y llevárselos con ellas a vivir en el agua, causándoles así la muerte.³ Además, las deidades del agua mesoamericanas constantemente se desdoblan en dos, uno masculino y uno femenino, de ahí que se hable, por ejemplo, de la "sirena" y el "sireno". De igual forma, entre diversos pueblos indígenas contemporáneos de tradición mesoamericana este tipo de creencias están también ampliamente documentadas (cfr. Alborez, 1995; Báez-Jorge, 1992).



Vendedores de aguamiel a la entrada del establecimiento *Pulques Finos de Ometusco*. © 285308. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

7. Al relacionarse con el agua, el uribi se asocia también con seres como el “oromá”,⁴ que se cree suelen vivir en las corrientes de agua y pueden, de igual modo, transformarse en serpientes acuáticas o en los animales conocidos como “tortuguilla de charco” y en distintos insectos acuáticos; todos ellos relacionados con el “mundo de abajo”.

A través del conjunto de creencias mesoamericanas que ligan la tierra, el mar y el cielo, los tloaque se asocian con diversos animales como las serpientes –especialmente aquellas que se dice viven en los ríos y las fuentes de agua-, así como con las aguas del inframundo, las cuales se relacionan con distintos tipos de animales, tales como ciertas aves, reptiles e insectos.

8. El uribi está asociado con distintos seres que controlan el agua, tales como el arco iris, el cual se piensa puede causar la esterilidad femenina. El arco iris no permite que haya lluvia, y también se caracteriza por tener el poder de perseguir a las mujeres para robárselas y embarazarlas, e incluso, a veces puede llegar a matar al bebé que crece en el vientre de la madre, o bien, puede llevarse a los niños pequeños para enfermarlos o robarles el alma. Por otra parte, es posible que también llegue a robar animales domésticos con la finalidad de aparearse con ellos.

En Mesoamérica, los tloaque se relacionan de igual forma con distintos seres que controlan el agua, como el arco iris, el cual, en ocasiones, puede desdoblarse en uno femenino y en otro masculino. El arco iris no permite que haya lluvia, y también se caracteriza por tener el poder de perseguir y robarse a las mujeres para embarazarlas, al igual que puede llegar a hacerlo con los hombres (falso embarazo –tal vez hidropesía-).

9. Incluyo este noveno punto en el listado –el cual no aparece en el esquema comparativo que he presentado-, para subrayar un aspecto importante, el cual, a pesar de tra-



© SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

tarse de una diferencia de concepciones evidencia, desde mi punto de vista, una importante semejanza. En el caso del uribi rarámuri, éste nunca se le relaciona con los pilares que sostienen el mundo, a pesar de que al igual que en la concepción mesoamericana se cree que el mundo tiene forma circular (“como una tortilla” o un “tambor”) y está sostenido por una serie de columnas o pilares que sirven para que no se caiga el cielo.

Por otra parte, es bien sabido que los tloaque mesoamericanos son

los grandes postes o columnas que sostienen el universo, el cual se dice tiene forma de rectángulo o de disco. Cada uno de esos tloaque –que según algunos autores, muestran una diferencia conceptual con los tloaque representados como innumerables diocillos servidores de la deidad del agua (cfr. Broda, 1991)-, se asocian míticamente con los 4 rumbos del universo y con los distintos colores relacionados con cada uno de ellos.



Conclusiones

A partir del análisis de las características comunes que he esquematizado sobre los uribi tarahumara y los tloaque mesoamericanos, realizo a continuación algunas reflexiones a manera de conclusión.

Es importante también mencionar que a la par de las similitudes que se han señalado, existen también notables diferencias, como algunas de las que en su momento destacué, y aunque resulta tentador realizar algunas hipótesis sobre la

existencia de esas diferencias, son motivos de espacio los que no me permiten desarrollar plenamente algunas de esas ideas en este escrito.⁵ Debo de aclarar también que, otro aspecto esencial que debería abarcar un estudio más completo, sería el análisis de la etimología de las palabras utilizadas por los rarámuri para nombrar a ciertos elementos relacionados con seres como el uribi y algunos otros de los aquí mencionados; sin duda ese aspecto etimológico, estudia-

do comparativamente frente a algunos pueblos mesoamericanos, sería profundamente revelador.

He presentado aquí un ejemplo específico de que actualmente no sólo es deseable, sino necesario, determinar y analizar de manera sistemática ciertos elementos comunes que aparecen en sectores de la cultura de algunos pueblos que habitan distintas regiones del México indígena contemporáneo, las cuales, además, han sido concebidas por muchos como antagónicas, tales como el norte de México y Mesoamérica.

Las diferencias ecológicas, históricas, lingüísticas y culturales que existen entre el norte de México y Mesoamérica son, sin duda, incuestionables, y son precisamente tales diferencias uno de los puntos que da mayor relevancia al estudio de la continuidad y las semejanzas que el actual norte indígena presenta con respecto a las culturas del centro y sur del país.

El ejemplo que he presentado no constituye un caso único y aislado, pues desde la particular perspectiva de la cosmovisión tarahumara —y también de otras culturas indígenas del norte del país—, parecen existir notables semejanzas entre los pueblos de ambas regiones, por ejemplo, en lo que respecta a la percepción de la fauna y de la flora, o a la estructura básica del cosmos. Además, esas semejanzas no se limitan únicamente a ciertos territorios del actual norte de México y Mesoamérica, pues de igual forma parecen existir elementos extraordinariamente parecidos en el caso de la antigua cultura Anazasi, y desde luego, también entre pueblos contemporáneos como los hopi, zuñi, navajos, etcétera.

A partir de este breve escrito he pretendido ilustrar que, más allá de las semejanzas puntuales, existen semejanzas estructurales;

es decir, complejos de creencias, conjuntos dinámicos de elementos semejantes no sólo en los elementos mismos, sino también en su dinámica, su estructura, su orden, su jerarquía, sus acciones encadenadas, los vínculos de un elemento con los otros, etcétera.

Lo de menos serían las semejanzas formales, pues éstas se pueden encontrar incluso con la literatura posmoderna, con la iconografía medieval, con la mitología oriental o con el arte rupestre; o bien, pueden ser atribuidas —como lo han hecho diversos autores emparentados con la psicología-, a arquetipos universales de la mente humana. No, lo interesante es descubrir, como en este caso, sistemas de creen-

cias, conjuntos estructurados de seres, acciones y encadenamientos, en dos regiones distintas.

Tales semejanzas provienen quizá en parte de una interacción reciente, tal vez posterior al Preclásico mesoamericano, pues asumimos que el norte de México ha mantenido, desde siempre, contactos de diversa índole con Mesoamérica. Por otro lado, pienso que una parte sustancial de esas semejanzas provienen en buena medida también de un sustrato común a las cosmovisiones indígenas de toda América, o por lo menos de Norteamérica. Por ello la utilidad de prestar más atención no sólo a los Anazasi, sino también a todo lo Pueblo en general. De igual for-

ma, no me parece casual el hecho de que algunos investigadores comiencen también a insinuar semejanzas significativas entre pueblos de Mesoamérica y de sitios tan alejados como el Área Andina.

Pero he de aclarar también que, a mi juicio, las cosas van mucho más atrás. Considero que se ha caricaturizado, en extremo, la cultura de los cazadores-recolectores, suponiendo que todo empezó con la agricultura, que antes de la sedentarización específicamente agrícola, no existió nada, sino ignorancia y estupidez, y esto es cierto, pero se trata en todo caso de nuestra propia ignorancia y nuestra propia estupidez. El pensamiento de los cazadores-recolectores fue, en última instancia, tan complejo como el de los mesoamericanos, o como nuestro propio pensamiento. Es muy probable que hayan sido ellos quienes crearon la imagen básica de la estructura del cosmos, hace 50 o 60 mil años (claro, aquí se le pueden poner o quitar milenios a grandes tajadas, de todos modos no lo sabemos).

Parece inaudito, pero tal vez este sea uno de los posibles caminos para lograr entender la existencia de ciertos principios básicos y estructuralmente semejantes que aparecen en muy distintos y muy distantes territorios; los cuales deben provenir de antiquísimos sustratos culturales humanos. En fin, se trata de problemas actualmente insondables que resolveremos quizá en un par de siglos. Hoy, lo mejor que podemos hacer es pensar el camino para la demostración de estas ideas, y empezar a andarlo paso a paso; no podemos hacer más. Y el primero de estos pasos es explorar lo más cercano a Mesoamérica, por ejemplo, lo tarahumara, no con el afán de seguir reproduciendo una rancia lógica centralista en la investigación, sino simple y sencillamente, porque



© SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

la cosmovisión mesoamericana es hasta hoy la mejor conocida, la más estudiada y la mejor modelada de las que existen en América.

En este sentido, podría resultar sumamente ilustrativo lo que sucedió con el pueblo huichol, al cual mucho tiempo se le consideró como una cultura ajena a Mesoamérica, y que hoy en día, a partir de lo mucho que se ha avanzado en términos de la investigación, resulta ser todo lo contrario. Mi hipótesis es que, posiblemente, a la larga, ciertos elementos de la cultura tarahumara resulten también mucho más cercanos a lo mesoamericano de lo que actualmente se cree.

Finalmente, entiendo también, por otro lado, que esta clase de ideas causen casi de manera automática diversos tipos de rechazo, pues existen quienes consideran que si la vulgar Mesoamérica llegara muy al norte, lo del norte no sería entonces más que marginal y secundario. El rechazo localista a este posible enfoque me parece totalmente comprensible. No obstante, considero que si actualmente existen semejanzas entre Mesoamérica y la cultura tarahumara, esto no desdibuja en lo absoluto lo tarahumara, porque puede resultar, además, que parte de esas semejanzas provengan de una matriz cultural nortea y no necesariamente al revés.

Recordemos, a propósito, el caso del componente “tolteca” en la cultura Chalchuhuites; mientras los mesoamericanistas se encontraban enfrascados en ver si la influencia preeminente provenía de Chichén Itzá o de Tula, al final, fueron precisamente los “chichimecas” quienes resultaron ser la matriz cultural predominante. Sirva este solo ejemplo como referencia de algunas de las ideas que este texto presenta.



Restaurante *Shanghai cabaret*. Fachada. © 86449. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

Notas

¹ Este escrito está basado en la ponencia titulada: “La cosmovisión tarahumara: un acercamiento etnográfico entre el norte de México y Mesoamérica”, la cual presenté en el marco del *Primer Coloquio Carl Lumholtz de Antropología e Historia del Norte de México*, que se llevó a cabo como parte de los festejos del xv aniversario de la Escuela Nacional de Antropología e Historia - Unidad Chihuahua, en Octubre de 2005

² A pesar de que actualmente existen palabras específicas en el idioma de distintos pueblos de tradición mesoamericana para nombrar a este tipo de seres, por motivos prácticos, yo utilizaré aquí el nombre genérico de tlaloque.

³ Estos seres incluyen a la “gente del agua”, el arco iris, los remolinos y a una variedad de seres que se conocen conjuntamente como los “soldados del Diablo” (cfr. Merrill, 1992:117, 118). También emanan, según la cosmovisión rarámuri, serios peligros desde adentro de la superficie de las corrientes de agua. Según Merrill la gente del agua (*bawichí piréame*) incluye, por ejemplo, a grandes serpientes llamadas *walúlui*, comparables a los sue-

ños hopi sobre el arcoiris, también concebidos en forma de serpiente y a los chabochis (personas no-indígenas), cuyas casas se encuentran bajo el agua (ibid).

⁴ Eso mismo es lo que hacía también el Ahuizotl, una especie de nutria mítica cuya cola terminaba en mano. Es posible que en tales ideas sobre la muerte se mezcló, con el tiempo, también una noción de castigo proveniente de concepciones cristianas en contra de la lujuria, pero es probable que desde tiempo prehispánico estas deidades mataran a la gente, especialmente, con el objeto de conseguir más ayudantes o diocecillos del agua; sería lo mismo entonces a morir ahogado o fulminado por el rayo.

⁵ Oromá es el nombre que los tarahumaras dan a las estrellas fugaces, las cuales, son descritas como “pájaros nocturnos”, parecidos a una guacamaya, que aparecen en las noches con luces de colores azul y rojo. Se dice que esas “aves” son usadas por los “hechiceros” rarámuri para dañar y causar mal a las personas, utilizando su largo pico para encajarlo en el corazón de su víctima, y absorber su sangre, trayéndole con esto, a la postre, enfermedad y muerte.



Pareja bailando en el cabaret. © 87497. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

⁵ Sin embargo sí puedo adelantar, por el momento, que desde mi punto de vista tales diferencias tiene que ver con los distintos campos de la vida social de los diversos pueblos, como por ejemplo, con el ejercicio de determinados oficios, ciertas instituciones o el papel de los gobernantes –es decir, su papel en la cosmovisión, etc. Además de, por supuesto, algunas particularidades de la historia de cada pueblo.

Bibliografía

ALBOREZ, Beatriz, *Tules y sirenas: el impacto ecológico y cultural de la industrialización en el alto Lerma*, México, Gobierno del Estado de México-Secretaría de Ecología, 1995;

BÁEZ-JORGE, Félix, *Las voces del agua. El simbolismo de las sirenas y las mitologías americanas*, México, UV Editorial, 1992.

ALBOREZ, Beatriz y Johanna Broda, (coord.), *Graniceros: Cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, México, El Colegio Mexiquense A.C., IIH-UNAM, 1997,

BRODA, Johanna, “Cosmovisión y observación de la naturaleza: El ejemplo del culto de los cerros”, en Broda, Johanna, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé (eds.), *Arqueoa-*

tronomía y Etnoastronomía en Mesoamérica, México, IIH-UNAM, 1991.

BRODA, Johanna, Iwaniszewski, Stanislaw, Montero, Arturo, (coord.), *La montaña en el paisaje ritual*, México, CONACULTA-INAH, UNAM, UAP, 2001.

BRODA, Johanna y Catharine Good Eshelman, (coord.) *Historia y vida ceremonial en las comunidades mesoamericanas: los ritos agrícolas*, INAH – UNAM, México, 2004.

ESPINOSA, Gabriel, “El medio natural como estructurador de la cosmovisión: el caso mexicana”, en *Cuicuilco*, Vol.2 número 6, Enero-Abril 1996: 52.

ESPINOSA, Gabriel, *El embrujo del lago: El sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana*, México, IIH-IIA-UNAM, 1996.

ESPINOSA Gabriel, “La serpiente de luz. El arcoiris en la cosmovisión prehispánica (el caso mexicana)”, tesis de doctorado, México, ENAH, 2002.

GONZÁLEZ, Luis, *Crónicas de la Sierra Tarahumara*, México, Secretaría de Educación Pública, colección Cien de México, 1987.

GUITERAS, Calixta, *Los peligros del alma: visión del mundo tzotzil*, México, FCE, 1996.

HEYDEN, Doris, *Mitología y simbolis-*

mo de la flora en el México prehispánico, México, IIA-UNAM, 1983.

“Las vías del Noroeste: Hacia una perspectiva sistémica de una macroregión americana”, protocolo proyecto CONACyT, s/f.

LÓPEZ Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología: Las concepciones de los antiguos nahuas*, México, UNAM-IIA, 2a ed., 1984.

MERRILL, William, “The rarámuri stereotypes of dreams”, en *Dreaming. Anthropological and Psychological interpretations*, Barbara Tedlock (ed.), School of American Research Book, Cambridge University Press, pp. 194-219.

MERRILL, William, *Almas Rarámuris*, México, CONACULTA, Presencias, 1992.

RELACIÓN DE MICHOACÁN, *Relación de las ceremonias y ritos de población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán (1541)*, de Jerónimo Alcalá F., 1988.

SAUCEDO, Eduardo, “Los animales celestes: apuntes etnográficos en torno al papel de la fauna en la cosmovisión rarámuri”, en *Sociedad, medioambiente y cultura: reflexiones desde la antropología en el norte de México*, (en prensa).